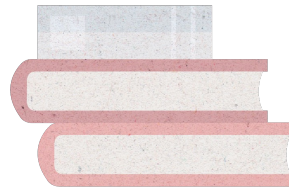


3

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA
SERIE 5

FERRAN
RAMON-
CORTÉS



ó

MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2024 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

Pasé la tarde vagando por las inmediaciones del faro, y dos actividades se me comieron el tiempo. La primera, buscar en Google un restaurante para cenar con el Farero. Él me había lanzado el reto. Encontré uno que me pareció una gran opción: “Es Port”, en el pueblo de Fornells. En las opiniones de los clientes dejaban el arroz de marisco por las nubes. Y la segunda, una encendida discusión que tuve con mi hermano, (como siempre mi hermano), que se alargó más de una hora, en la que nos dijimos de todo, y me quedé hecho polvo. Estoy seguro de que el Farero, que andaba por ahí haciendo sus cosas, la escuchó. Aunque yo estaba demasiado metido en la discusión como para que me preocupase.



A última hora de la tarde le comuniqué al Farero mi elección:

- Me gustaría cenar una paella de marisco en “Es Port”. Invito yo, por supuesto.
- Buena elección, pero no voy a subirme a tu moto. Nos vemos allí a las nueve. Yo ya me espabilaré para llegar.

No se lo discutí. Así que a las ocho y media en punto me subí a mi moto y me fui en dirección a Fornells. El camino, todo él cruzando fincas y campos, me pareció precioso.

Llegamos al restaurante y nos sentamos en una mesa en la terraza. Una vez pedida la paella, y con una cerveza en mano, el Farero me dijo:

- Una discusión intensa...
- Si, sin duda. Y te aseguro que me duele.
- ¿Qué exactamente te duele?

- Lo que me ha dicho mi hermano, y lo que creo que le he dicho.
- ¿Creo?
- Es que no estoy muy seguro, me brotaban las palabras no se de dónde. Ni yo mismo me reconocía diciéndole aquellas barbaridades...
- ¿Y cómo estás ahora?
- Mal. Arrepentido sobre todo. Y dolido también, por algunas palabras concretas que me ha dicho.

El Farero me miró intensamente a los ojos, y tras dar un largo trago a su cerveza me dijo:



- Esto te ocurre por escucharlas.

Me quedé desconcertado. ¿A qué se refería? ¿A escuchar las palabras de mi hermano? Pues claro que las escuché, -pensé- no podría haber hecho otra cosa.

Nos trajeron la paella, y empezamos a cenar. Yo seguía confuso, pero me permití centrarme en disfrutar de aquel extraordinario arroz. Cenamos hablando de anécdotas intrascendentes. Yo pensaba que el episodio de la discusión con mi hermano estaba zanjado por su parte, aunque yo no entendía su comentario. Pero en un momento dado me dijo:

- Vamos a tomar el postre al bar de aquí al lado.

Fuimos, y a pesar de que había un montón de mesas libres en la terraza, él estuvo un buen rato seleccionando la que quería. Al final me señaló

una mesa, al lado de una familia extranjera, que hablaban ruidosamente. Me extrañó. Ya sentados a la mesa, me dijo:

- ¿Entiendes el holandés? Es el idioma que habla esta familia.
- No, para nada.
- Bien, pues vamos a escuchar un rato su conversación.

Yo alucinaba, pero estaba empezándome a habituar a los peculiares métodos del Farero. Me dispuse a escuchar un buen rato. Pasados unos minutos, me preguntó:

- ¿Cómo dirías que están? ¿Felices, enfadados, tristes, serios...?
- Están felices, disfrutando juntos, tomándose el pelo los unos a los otros...
- Pero si no los entiendes.
- Ya, pero es lo que capto por cómo se hablan. No puedo entender lo que se dicen, pero si captar lo que se transmiten.
- Pues ahí tienes la respuesta. A esto me refiero cuando te digo que no escuches las palabras de tu hermano.

No lo podía acabar de entender. Creo que se dio cuenta, porque se apresuró a explicármelo:

- Luís, en las discusiones que se calientan, una gran recomendación para no perder la serenidad es ignorar las palabras que nos dicen. Ignorándolas liberamos la capacidad procesadora del cerebro para que se centre en captar e interpretar las emociones. Cuando en una discusión atendemos a las palabras se nos disparan los juicios, y se nos agitan nuestras



propias emociones, y esto provoca dos efectos nocivos: el primero, que reaccionemos, y digamos cosas que no hubiéramos querido decir. Y el segundo que no comprendamos qué le ocurre al otro, porque estamos centrados en nuestra reacción.

Tenía sentido, pero no se lo podía comprar tan fácilmente. Me resultaba extraño. Le pregunté:

- Pero las palabras ahí están, y si nos las dicen es porque las piensan...
- Verás, en una discusión como la que tu has tenido hoy con tu hermano las palabras que os habéis dicho no tienen ningún significado, porque él te las ha dicho desde su cerebro límbico, no desde su cerebro racional. Son una expresión emocional sin validez alguna. Seguro que ni sabe lo que ha dicho, tu me lo has reconocido de ti mismo...

Era verdad. Yo no sabía exactamente qué le había dicho a mi hermano. Y tampoco lo pensaba cuando se lo decía.

- Vale, y si es así, ¿qué es lo que tengo que hacer en la discusión?
- Pues lo mismo que has hecho con nuestros amigos holandeses. Imagina que te hablan en un idioma que no entiendes, e intenta poner nombre a lo que crees que el otro siente. Como has hecho con ellos. Te ayudará a comprender a la otra persona sin que te nublen sus palabras.
- Pero alguna se puede colar y me puede impactar...

- Pues si la escuchas, olvídala. Recuerda que no procede de un cerebro consciente. Es pura basura emocional.

Tenía mucho sentido. Y estaba dispuesto a probarlo. Por mí sobre todo, porque odiaba perder los papeles de aquella forma. El Farero me dijo:

- ¿Nos vamos? Nuestros amigos están eufóricos, y muy ruidosos. Ahora ya me están cargando...
- Vámonos. Yo voy tirando en moto. ¿Nos vemos en el faro?
- Sí, pero llévate mi llave. Es posible que yo tarde algo más.

Esta fue mi segunda noche en Cavallería, y mi tercer gran aprendizaje. Nunca supe cómo fue a Fornells aquella noche el Farero, ni cómo volvió al faro. Enigmas del personaje, que simplemente me quedan en el recuerdo.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2024 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ